

Espíritu de Temor de Dios (3)

De todo lo que hemos dicho en los artículos anteriores estamos en grado de dar una definición del don de Temor de Dios. Podemos decir que **“es un hábito sobrenatural por el cual el justo, bajo el instinto del Espíritu Santo, adquiere docilidad especial para someterse totalmente a la voluntad divina por reverencia y a la excelencia y majestad de Dios, que puede infligirnos un mal”**.

Santo Tomás se pregunta si Dios puede ser temido. Y contesta que Dios en sí mismo, como Bondad suprema no puede ser objeto de temor sino de amor. Pero en cuanto que, en castigo por nuestras culpas, puede infligirnos un mal, puede y debe ser temido. En Dios hay justicia y misericordia, la primera de las cuales excita en nosotros el temor, y la segunda, la esperanza.

Diversos tipos de temor

La base de nuestra vida moral se desarrolla desde lo más simple hasta los más altos estados místicos como realización de su primer principio: “hacer el bien y evitar el mal”.

Hay toda una gama de sentimientos de temor.

El temor mundano: los pecadores temen sobre todo el mal físico o moral que pueda afectarles. Lo único que les preocupa es lo efímero, lo inmediato. Huyen de los males y de las incomodidades dispuestos a abandonar a Dios y a la Iglesia, por temor a los juicios del mundo, a las críticas, al qué dirán, a las apreciaciones mundanas porque no quieren privarse de las ventajas y las alegrías del mundo. Este temor mundano es siempre culpable y fuente de capitulaciones debidas al respeto humano, la ambición y la sensualidad.

El temor servil: por este tipo de temor el hombre huye del mal de la pena, considerado como la privación de un bien propio o personal. Ese temor puede ser bueno o malo: es bueno cuando se subordina al temor filial y malo cuando considera el mal de pena como el mal supremo: el hombre pecaría con gusto si no existiera el infierno. Hay un desorden en la jerarquía de valores. No se considera la ofensa a Dios sino solamente el bien personal.

Es malo cuando prefiere el bien del hombre al bien de Dios. Es bueno para ayudar a salir del pecado por miedo al infierno (hay personas que es el único lenguaje que entienden). Este sentimiento de atrición es suficiente para recibir la absolución sacramental. El hombre no peca para no sentir culpa pero sigue centrado en sí mismo y en su propio yo. El temor servil despojado de su servilismo podrá ser utilizado por el Espíritu Santo entre sus dones.

El temor inicial: se relaciona con el temor filial pero todavía en un estado de imperfección. Acompaña a los principiantes en la vida espiritual y va mezclado de temor servil. A medida que va aumentando la caridad este servilismo disminuye hasta desaparecer.

El temor filial: con el temor filial cambian todas las perspectivas. El hombre piensa ante todo en Dios, en lo que puede ser un mal para Dios y no en él mismo. El mal de pena es un castigo de la creatura culpable; el mal de culpa es una injuria inferida a Dios. Nuestra amistad con Dios exige este temor a disgustarle con el menor pecado. Es el temor del hijo que no quiere entristecer a su padre. Este temor rechaza el pecado no por el castigo, sino por la ofensa que supone a Dios a quien se ama sobre todas las cosas. Es el temor de los santos.

El don de temor: el espíritu de temor hace que el cristiano se remonte hasta alturas infinitamente mayores. Mientras que las formas inferiores de temor hacen referencia al mal; el don de temor nos orienta directamente a Dios, hacia el Bien sin límites. No lo considera en su Bondad como la caridad ni como fuente de dicha, como la esperanza, sino como Causa vengadora del pecado, mediante la pena o como término del mal de culpa que lo ofende. Su acto principal se dirige a Dios infinitamente temible para los pecadores y capaz de aniquilar el universo. En los santos es la consideración de los dos extremos

opuestos: la Omnipotencia divina, por un lado, y nuestra nada por otro. Este sentimiento no brota de una meditación sino gracias a una inspiración divina especial bajo la acción del Espíritu Santo.

Este sentimiento divino de odio al pecado vibra en lo profundo del ser del Cristiano ya que participa de la misma oposición de Dios al pecado.

En vez de juzgar el mal desde abajo lo juzga desde Dios. Por lo tanto combate el mal con todas sus fuerzas deseando hacer desaparecer el pecado de todas las almas rescatadas por Cristo. Este sentimiento llegó al extremo la noche de Getsemaní hasta el punto de sudar sangre.

Necesidad del don de temor

Son tres las virtudes que necesitan ser reforzadas por el don de temor: la esperanza, la templanza y la humildad.

a) La esperanza. El hombre tiende a amarse desordenadamente a sí mismo y a creer que puede conseguir la bienaventuranza por sí mismo. **Es el pecado de presunción.** No somos conscientes de que ni siquiera podemos pronunciar el nombre de Jesús sin el auxilio divino (1Cor 12,3). La consecuencia es apoyarnos en la omnipotencia auxiliadora de Dios, que es la virtud de la esperanza. Sin el don de temor no llega a ser nunca perfecta.

b) La templanza. El don de temor, que mira directamente a Dios corrige la tendencia más desordenada que experimenta el hombre, la de los placeres carnales, reprimiéndola mediante el temor divino, ayudando y reforzando la virtud de la templanza.

c) La humildad. El hombre ama, ante todo, su grandeza, ensancharse más de lo que le corresponde. Esto es el orgullo, la soberbia. La humildad lo reduce a sus límites debidos para que no pretenda ser más de lo que es en realidad. Aquí actúa el don de temor, sumergiendo el alma en el abismo de su nada ante el todo de Dios, en las profundidades de su miseria ante la infinita justicia y majestad divinas. El alma, penetrada por este don, como no tiene delante de sí sino su miseria y su pecado, y ve que es nada delante de Dios, no intenta por sí misma grandeza ni gloria ninguna fuera de Dios, ni se juzga merecedora de otra cosa que no sea desprecio y castigo. Solo de este modo la humildad puede llegar a su perfección.

El don de temor también actúa sobre otras virtudes. Por medio de la templanza actúa sobre la castidad, llevándola hasta la delicadeza; sobre la mansedumbre, reprimiendo la ira; sobre la modestia, y combate las pasiones hijas de la soberbia: la vanagloria, la jactancia, la presunción, la hipocresía, la pertinacia, la discordia, la contestación airada y la desobediencia.

Efectos del don de temor

1) Un sentimiento vivo de la grandeza y de la majestad de Dios que sumerge el alma en una adoración profunda, llena de reverencia y humildad.

Es el efecto más característico de este don. Es cuando la humildad llega a su colmo. Los santos sienten deseos inmensos de padecer y ser despreciados por Dios (San Juan de la Cruz). No se les ocurre tener el más ligero sentimiento de vanidad o presunción. Ven tan claramente su miseria que cuando les alaban les parece que se burlan de ellos (Cura de Ars). Santo Domingo se ponía de rodillas a la entrada de un pueblo pidiendo a Dios que no castigue al pueblo en el que iba a entrar un pecador tan grande. Esta reverencia se traslada a todas las cosas que tienen relación con Dios: oratorios, el sacerdote, vasos sagrados, imágenes religiosas, etc....

2) Un gran horror al pecado y una vivísima contrición por haberlo cometido.

El horror ante el pecado es tan grande que San Luis Gonzaga cayó desmayado a los pies del confesor al acusarse de dos pecados leves. San Alfonso de Ligorio experimentó este fenómeno al oír una blasfemia. Santa Teresa de Jesús escribe que “no podría haber muerte más recia para mí que pensar si tenía ofendido a Dios”. Y San Luis Beltrán temblaba al pensar en la posibilidad de condenarse. De ahí nacían grandes ansias reparadoras y una gran sed de inmolación.

3) Una vigilancia extrema para evitar las menores ocasiones de ofender a Dios.

Ofender a Dios es lo que más temen. Han visto claro en su contemplación que este es el único mal que deben temer en realidad.

4) Desprendimiento perfecto de todo lo creado.

El que ha contemplado la grandeza de Dios coloca todo en su lugar: es simplemente nada. Recordamos el efecto que provocaron en Santa Teresa las joyas que le mostró en Toledo su amiga doña Luisa de la Cerda; no le cabía en la cabeza que la gente pueda sentir aprecio por unos cuantos cristalitos que brillan un poco más que los corrientes y ordinarios. Teniendo en cuenta este efecto Santo Tomás relaciona este don con la bienaventuranza de los pobres de Espíritu.

Vicios opuestos

Al temor se opone principalmente la **soberbia** de un modo mucho más profundo que a la humildad. La humildad se fija en la grandeza de Dios en contraste con la propia nada. En cambio el temor se fija en la majestad de Dios en contraste con la propia nada y vileza. Excluye la soberbia de un modo más alto que la humildad pues lo hace hasta la raíz y principio mismo de la soberbia. Indirectamente se opone también al vicio de la **presunción** que no tiene en cuenta la justicia divina confiando excesiva y desordenadamente en la misericordia divina. Se opone también al descorazonamiento, cuando el hombre se desanima mirándose sólo a sí mismo contemplando su miseria y sus límites. Dejar de mirar a Dios para apoyarse en sí mismo es apoyarse en un ser de nada. Esto lleva a la desesperación que rompe todos los resortes del alma.

Medios para fomentar este don

a) Meditar con frecuencia en la infinita grandeza y majestad de Dios. Él sacó todas las cosas de la nada (Gn 1,1); llama por su nombre a las estrellas y tiemblan de respeto (Bar 3,33-36); es más imponente que el mar embravecido (Sal 94,4); Vendrá sobre las nubes a juzgar a vivos y muertos (Lc 21,27).

b) Acostumbrarse a tratar a Dios con confianza filial, pero llena de reverencia y respeto. Hay que tener cuidado con la excesiva familiaridad en el trato con Dios, pues se puede llegar al atrevimiento y la irreverencia. En la familiaridad es preciso que Él tome la iniciativa. Una actitud sumisa y reverente no se contradice con la confianza de hijos adoptivos.

c) Meditar con frecuencia en la infinita malicia del pecado y concebir un gran horror hacia él. Para evitar el pecado los motivos del amor son más eficaces que los del temor. Pero estos también contribuyen. Dice la carta a los hebreos: “Es horrendo caer en las manos de Dios ofendido” (Hb 10,31). Hay que pensarlo cuando la tentación ponga delante de nosotros los halagos del mundo. Ayudará mucho la huida de las ocasiones peligrosas que nos acercan al pecado; la fidelidad al examen diario de conciencia para prevenir las faltas voluntarias; sobre todo es importante la consideración de Jesucristo crucificado, víctima de nuestros pecados.

d) Poner especial cuidado en la mansedumbre y humildad en el trato con el prójimo. Al tomar conciencia de todo lo que el Señor nos perdonó aprendemos a tratar mejor a nuestros semejantes. Perdonando cordialmente las injurias, tratando a los otros con delicadeza, con humildad y mansedumbre.

e) Pedir con frecuencia al Espíritu Santo el temor reverencial de Dios. Para recibir los dones y el dador de dones que es el mismo Espíritu nos tenemos que predisponer con humildad y pedirlo perseverantemente en la oración. Convencidos de que el temor de Dios es el principio de la sabiduría lo pediremos incesantemente al dador de dones.

Bienaventuranzas y frutos del temor de Dios.

Según Santo Tomás el don de temor se relaciona con las dos primeras bienaventuranzas: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3) y la tercera: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados” (Mt 5,5). La primera se refiere a la reverencia filial que nos hace sentir ante Dios, nos impulsa a no buscar nuestro engrandecimiento ni la exaltación de nosotros mismos (soberbia) ni en los bienes exteriores (riquezas). Esto pertenece a la pobreza de Espíritu. Indirectamente se refiere a los que lloran porque el conocimiento de la excelencia divina y nuestra pequeñez se deriva el desprecio de todas las cosas terrenas y la renuncia a los deleites carnales con llanto de los pecados pasados.

Vemos entonces que el don de temor refrena las pasiones. Entre los frutos contamos la modestia, la continencia y la castidad que se siguen sin esfuerzo de la moderación de las pasiones consupiscibles, efecto propio del don de temor.

Alejandro Ferreirós